



EL MAS FANTASTICO LECTOR

L. I. G. M.



Cuando un lector se acerca a Borges se encuentra en un número reducido de páginas —su pluma no solía extenderse demasiado bajo un mismo título— una cantidad desmesurada de nombres y referencias a los más dispares autores; incluso, por si fuera poco, se topa constantemente con la invención de libros, páginas, párrafos y autores que dan una ambientación literaria al texto.

El jardín de los senderos que se bifurcan es, quizá, uno de los más célebres casos de esta singular ficción o, también, la forma de empezar un prólogo para una edición de *La Divina Comedia*: "Imaginemos en una biblioteca oriental, una lamina pintada hace muchos siglos... que ilustra una novela con centenares o millares de personajes. . .".

Pero no es esta capacidad de crear universos lo que llamaba la atención a Borges de sí mismo y a muchos de sus seguidores. "Borges fue, antes que nada, un lector. Pocos como él se han acercado al libro con tanto interés, con tanto cuidado. Nadie con mayor embelesamiento. Conocía las tradiciones literarias de diversas culturas. Se imagina el Paraíso como una biblioteca. Hay que decir que de todas las cosas, la que más le importaba era el libro".

Junto a esa devoción libresca, el conocimiento por connaturalidad, al que debe aspirar el gozo artístico, se convirtió en Jorge Luis Borges en una segunda naturaleza; su personalidad se des-

dobló, y el poeta se disparó indiscriminadamente en todas direcciones. Unas cuantas líneas suyas sintetizan esta idea:

"La noción panteísta de un Dios que también es el universo, que es cada una de las criaturas, es quizá una herejía y un error si la aplicamos a la realidad pero es indiscutible en su aplicación al poeta y a su obra. El poeta es cada uno de los hombres de su mundo ficticio, es cada soplo y cada pormenor".

Lo que ahora nos ha quedado a nosotros como herencia es ese poeta panteísta que proyectó su sentir a toda la literatura y a otros campos; es conocida su opinión de la metafísica como "otro modo de hacer ficción".

Borges, si se le revisa con cuidado, suele resultar tanto deliciosamente estético, como filosóficamente arriesgado. Reune el atractivo del buen uso del lenguaje con la ficción que puede diluir todas las cosas en la nada. Por ello Borges mantiene uno de

los mas elevados sitios en la literatura universal, sin embargo parte de sus ideas e imágenes han de preservarse dentro de un lugar literario, no fuera de él; esto puede resultar difícil en esta época de cosmovisiones confusas y aventuradas. Reconocer la gimnasia mental de Borges y no permitir que rebase los límites de la imaginación es tarea que compete al lector.

El resultado del estilo borgiano, ese intento de ser todos los autores en su gran disparidad, se refleja en los motivos que aparecen con mayor frecuencia en sus poemas: laberintos, espejos, sueños, el infinito de posibilidades, el juego del sentido y lo absurdo, el azar, los tabúes, lo eterno y lo circular, la realidad desde su cara más burda, la imaginación hasta lo extremo, y más.

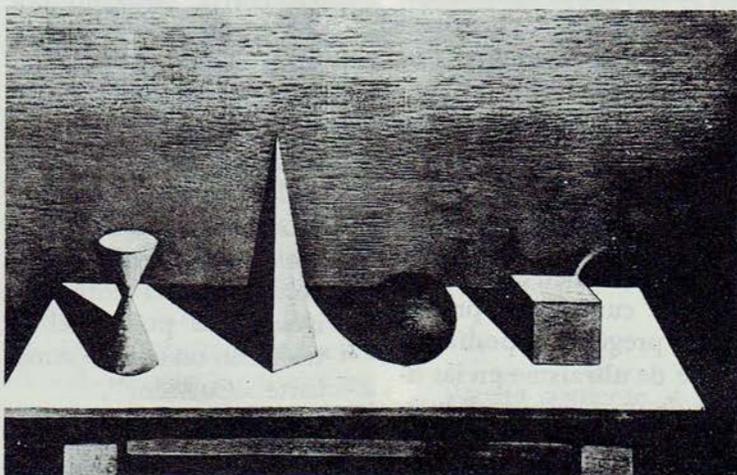
"Mi última víctima" es una evocación de Jorge Luis Borges, Este cuento pretende recoger ficticiamente algunos de los elementos más recurrentes del argentino, y es un modo de entender su obra, una breve lectura-escritura, un homenaje. 

MI ULTIMA VICTIMA

LUIS I. GUERRERO M.

Suelen al hombre perder la soberbia o la codicia; también el coraje envicia a quien le da noche y día; el que era menor debía más muertes a la justicia.

J.L. Borges



Su rebeldía es obstinada. Debes aniquilarlo.

Con estas frías palabras me hacía cargo de una nueva víctima. El paso del tiempo había provocado en mí un estilo más sofisticado de actuar; ya que el cuándo y el cómo me correspondían a mí.

En este sórdido café, en el que ahora escribo, estudié —tal vez sólo leí— el contenido del sobre. Eran algunos datos aislados: direcciones, amistades, dos fotografías; recién egresado de no sé qué escuela europea, ancestros

militares, una lista interminable de libros, algunas ocupaciones y poco más.

La forma en que lo hice ha sido larga. Me interesa recoger algunos detalles; ya pienso en el retiro y me gustaría escribir una novela, una novela que recoja muchos casos, en donde los personajes principales sean eliminados de formas diversas por un único hombre, que termina en el retiro escribiendo una novela. Ya he encontrado el lugar propicio para escribirla, lo conocí en una misión rápida, a

unos kilómetros de Catay, son pequeños chalets, no muy bien amueblados, pero allí, los leños en la chimenea arden desde temprano, y la campanilla, que avisa que es hora de comer, produce un encanto difícil de igualar.

Combinar a Shakespeare, a Unamuno, a Schopenhauer, con Bartolomé Hidalgo, José Hernández y Buenos Aires no me resulta fácil. Empezaba a desesperar de mi ingenioso método cuando recibí respuesta. Bajo un pseudónimo entablé un diálogo epistolar con mi

víctima; mis primeras cartas contenían aquellas cosas que presagian el éxito: una profunda admiración por sus escritos que apenas iniciaban, un deseo —mezcla de erudición e ignorancia— de conocerlo mejor, preguntas sobre autores concretos. . .

Las cartas se sucedían. En la primera en la que percibí que cumplía mi propósito le pregunté si podía hablarse de ultraísmo en las líneas de un relato de Reyes, publicado recientemente.

Recuerdo bien el texto del mexicano:

“Tuve que correr a través de calles desconocidas. El término de mi marcha parecía correr delante de mis pasos, y la hora de la cita palpitaba ya en los relojes públicos. Las calles estaban solas. Serpientes de focos eléctricos bailaban delante de mis ojos. A cada instante surgían glorietas circulares, sembrados arriates, cuya verdura, a la luz artificial de la noche, cobraba una elegancia irreal. Creo haber visto multitud de torres —no sé si en las casas, si en las glorietas— que ostentaban a los cuatro vientos, por una iluminación

interior, cuatro redondas esferas de reloj.

Yo corría, azuzado por un sentimiento supersticioso de la hora. Si las nueve campanas, me dije, me sorprenden sin tener la mano sobre la aldaba de la puerta, algo funesto acontecerá. Y corría frenéticamente, mientras recordaba haber corrido a igual hora por aquel sitio y con un anhelo semejante. ¿Cuándo?”.

Su contestación —cosa rara en él— fue elocuente; entusiasmado por el resultado y conociendo su simpatía por el eterno retorno, me decidí a plantearle la teoría de la esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Conseguí referencias sobre esta interpretación, le hice ver que quizá la historia universal fuera la entonación de esta metáfora, e intenté colocar a Pascal como colofón y guía; conseguí después de siete días de búsqueda en la biblioteca central, en la página 369 de la última edición de *La carrera del pensamiento*, los datos que aportaba Tournour sobre el científico de Port-Royal. Sobre esta carta nunca recibí respuesta; unos años después, cuando él ya

necesitaba de mí, escribió algunos folios que intentaban incluir el tema dentro de la nebulosa.

Aquel otoño lo conocí mejor, me sorprendían algunas de sus actitudes. Me gustaba acompañarlo con la mirada por los barrios populares de Buenos Aires, recorrería las estrechas calles con lentitud, parecía trasladarse a otro tiempo, o estar ahí pero en otras circunstancias, se transformaba en algún otro hombre. En más de alguna ocasión sacó la libretita y el lápiz, que siempre lo acompañaban, y anotaba algo con pocos trazos. El once de noviembre de ese mismo año sentí la tentación de recurrir a métodos más clásicos; él se encontraba, como también era su costumbre, visitando los mausoleos del viejo cementerio, recorría distintas avenidas, quitaba algunas flores marchitas y prestaba una mayor atención a los epitafios latinos; en uno de esos momentos saqué instintivamente el cuchillo y me acerqué sigilosamente hasta el lugubre lugar en que se hallaba. El súbito recuerdo de mis últimas jornadas me inmovilizó y retrocedí a mi puesto de observación. El cuchillo resultaba ya muy vulgar para mis aspiraciones.

En efecto, sobre mi escritorio tenía el borrador de otra carta en la que le manifestaba algunas observaciones sobre Lewis Carroll, el profesor de lógica que rompía en sus obras los esquemas formales.

Y aquí quisieras poder contaros la mitad de las cosas que Alicia acostumbraba a decir, empezando con su frase favorita: "Finjamos..." Tan sólo la víspera había tenido con su hermana una larga discusión, y todo porque Alicia había empezado con: "Finjamos que somos reyes y reinas..."

Este breve texto muestra la entrada a otro mundo, infinitamente más extenso, en donde todo es posible. ¿Por qué hacer discusión de ficciones? Pero no basta hacer juego de palabras o de personalidades para entender a Charles Lewis Dogson Carroll. Terminé la carta; le confesaba que para mí era la voz más acreditada para juzgar sobre Silvia y Bruno —obra que costó veinte años de trabajo al profesor de Oxford—, ya que se consideraba ilegible, un libro con un acervo indeciso de sueños contradictorios.

A los pocos días el cartero depositaba en mí buzón algunos sobres; entre la correspondencia familiar, avisos fiscales y propaganda editorial, estaban dos cartas tuyas. Mi sorpresa de que fueran dos terminó al abrir la primera, sin encabezamiento decía: "disculpe, pero he olvidado escribir en la carta que deposité hoy algunos datos que pueden servir para revelar el misterio..." Creía que la lógica y los sueños de Lewis burlaban a los hombres, que escribir para confundir no era una mera insensatez. Pensaba en la posibilidad de un laberinto de laberintos que abarcara todo espacio y todo tiempo —mi propósito marchaba a buen paso—; me interrogaba si yo no me sentía en un laberinto. Sonreí.

Ya en julio, mientras terminaba de ordenar algunos datos —para una próxima carta— sobre la extraña entrevista de Augusto y su autor Unamuno, me encargaron otra misión. Hace algunos meses aún me agradaba tener varios casos a la vez, pero ahora me disgustaba. Tenía que viajar; malhumorado empaqué, leí el contenido del sobre, guarde las cartas en el armario y salí del departamento. Sin embargo, los gustos románticos de Tsui Füng —así se

llamaba la eventual víctima— me favorecieron; la misma tarde en que llegué a mi destino, él salió a pasear por la rivera del río, el viento desprendía de los árboles la nieve que se había acumulado en ellos, también el viento traía las risas y gritos de unos niños que jugaban, y el viento se llevó también el ruido que produjo la caída de mi víctima en el río.

Al día siguiente, durante la fastidiosa espera en la estación del tren, una mujer me ofreció una esfera compuesta por pequeños espejos; podía mal verse la propia imagen en muchos de esos cristales, pero se perdía a la vista a la hora de girarla; saqué unas cuantas monedas y compré la esfera, me entretuve con ella en el camino.

A las pocas horas dejé en la puerta de su casa, en una pequeña caja, la esfera con una nota anónima: "hay que agradecer la muerte lenta". Tal vez yo seguía impresionado por el viento.

Le gustaba también ir al zoológico, se entretenía mirando los movimientos de los felinos, en especial seguía el ir y venir —en una

misma línea imaginaria de su jaula— de un desconfiado tigre que ahí se encontraba. En una de las bancas que se encuentran frente al serpentario lo vi abrir una de mis cartas —seguramente era la que contenía mi pregunta sobre la demencia creativa del Quijote, de cómo lo ficticio podía cautivar al mundo—. Apuntó algo en su libretita y regresó a observar a su felino preferido.

El destino rivalizó conmigo; aunque, a decir verdad, sólo completó mi obra. Su vista comenzó a fallar; la confusión ya no se podía alimentar en los largos pasillos de las bibliotecas, en las páginas de los libros ignorados, en las cartas de amigos desconocidos; tenía ahora como fuente la obscuridad, la imaginación y la memoria. Parecería que esta enfermedad fuera un sueño que desencadenara sus ideas. Corrigió sus primeras obras, quitando lo “retórico”, aquello que sólo se puede escribir en la juventud.

Sus versos comenzaron a ser una magnífica síntesis de su pasado y su presente; me vienen a la mente dos estrofas —aunque estoy confundido si pertenecen a él o



a Groussac o a algún otro poeta—:

De esta ciudad de libros
hizo dueños
A unos ojos sin luz, que
sólo pueden
Leer en las bibliotecas de
los sueños
Los insensatos párrafos
que ceden

Las albas a su afán. En
vano el día
Les prodiga sus libros in-
finitos,
Arduos como los arduos
manuscritos
Que perecieron en Ale-
jandría.

Se afirma que en la vejez
se regresa a la infancia, él

quiso regresar a su antigua casa, yo me daba ya por satisfecho. Lo esperé en el cuarto en donde solía jugar al ajedrez, a la lotería o al bosque encantado; comenzaba una nueva primavera. Su misma casa le parecía ya un laberinto: veía una gran cantidad de paredes, puertas, espejos, libros, esferas, fieras... Entró en la habitación, sintió mi presencia, se turbó, quiso hablar, salir, no pudo hacer ya nada. Se hizo el silencio.

El dueño del café me dice que es hora de cerrar, es un poco más de media noche, las calles están vacías, oigo el viento, sueño, pienso, él está muerto, y no. 